

No dejes que te llamen valiente.....

Ser mujer, valiente, osada, decidida o audaz no deberían ser los adjetivos con los que calificar la decisión de vivir nuestra vida para el olvido o la memoria, entre los dos está la existencia, la existencia forjada por experiencias, anhelos, fracasos y triunfos.

En este mismo instante en el que me propongo escribir, despertar mi espíritu de su intermitente letargo; en este instante íntimo y solitario, libre para intentar plasmar negro sobre blanco una parte de mi pensamiento, donde puedo cometer errores y hacer tachones sin temor a que el corrector de Word me corrija constantemente, justo en este momento enciendo una varita de incienso, ¿por qué? Me asalta la eterna duda, y... ¿por qué no? Siempre hay un momento en la vida en el que nace esa pregunta y a partir de entonces te convences que no todo ha de tener una respuesta; no todo ha de tener un por qué o un de qué manera, no todo lo que hayamos hecho o vayamos a hacer, ha de tener una justificación.

Pero no por ello somos valientes; nuestro valor estriba en ser firmes pero flexibles, capaces de sobrevivir con una increíble e innata capacidad de adaptación; nuestro cuerpo se alza como esencia misma de esa cualidad, se moldea y se ofrece para dar vida, calor y cobijo. Distantes de la piedra dura, somos como el junco, erecto, contundente, elástico, que nace y vive en los pantanos o junto a los cristalinos ríos y que aún cuando se seca se mantiene vivo; moldeable para fabricar tejados, contundente para corazas pero liviano y resistente para cestas donde guardar recuerdos.

En algún rincón de mi memoria, ordenada entre almohadones, guardo un vago recuerdo de aquella primera vez en la que me pregunté, con conciencia

ideológica “.. ¿Por qué no?..” Si os hablara de ello, de esa primera vez, si ahora me detuviera, si quisiera que mi experiencia fuese ejemplo de alguna vida por vivir o trampolín para lanzarse, si así lo hiciera, daría por bueno todo lo vivido y no dejaría espacio para imaginar todo lo que me queda por vivir, caería en el conformismo y dejaría de dibujar bocetos con todo aquello con lo que he soñado y no alcanzaría, ni tan siquiera rozaría, la posibilidad de conseguirlo. Nos atrevemos a avanzar en esta carrera de obstáculos, previstos o sobrevenidos, que sorteamos solas la mayoría de las ocasiones o, en el mejor de los casos, acompañadas, convencidas de que no nos harán caer.

En estas ocasiones pienso en mil mujeres, en mil voluntades con las que despertar el ánimo, con las que conmovier y agitar la adormilada y a menudo anestesiada conciencia. Mujeres que no me son ajenas ni desconocidas, que decidieron avanzar por encima de límites impuestos, pasajeras en el tránsito de sus propios destinos, mujeres que no marcaron un estilo, mujeres que le dieron a su existencia un sentido. Nombrarlas sería sensato, la manera directa y sencilla de ilustrar estas palabras y no dejar lugar a dudas sobre la imborrable huella y el impagable legado que ha sido el mejor y más potente motor de empuje para no estar quieta.

A la protagonista de mi historia la llamaré María y no le preceden ni titulares, ni columnas periodísticas, ni guión con el que rodar una película, ni tan solo un pretexto para escribir su biografía. María podría ser mi propia madre, o la tuya: María podríamos ser tú o yo.

Conozco a María y al duende que lleva escondido, aquél que se divierte caracoleando entre sus rizos castaños y enredados, el duende que alimenta su

eterna juventud. Seguramente María no ha pretendido nunca ser ejemplo para nadie, simplemente ha vivido acorde con sus pensamientos, consciente y consecuente con todo lo que ha hecho y ha dicho. María es de la generación del hambre y la postguerra; inconformista, rebelde, progresista, defensora de su libertad y de la de sus semejantes, luchadora, idealista y soñadora. María es una incondicional de la pasión por la vida, aquella que ha vivido e ilusionada de la que le queda por vivir. Sentada frente a ella mi curiosidad se envalentona y le pido, convencida de lo valioso de sus recuerdos, que me cuente cosas. Su memoria retrocede hasta su infancia y me habla orgullosa de su padre, se emociona al recordarlo y confiesa que él ha sido el hombre más importante de su vida. Él la enseñó a leer y a escribir, así como con él aprendió el significado de la palabra lealtad que nos transmitió indisoluble con el valor de la amistad, con él descubrió que sin ideales y sin sueños por cumplir no es posible vivir.

Cuando menciona a su madre jamás la deja atrás. De ella heredó el coraje y la fuerza, el caminar ligero, su porte, sonrisa y esas manos delgadas, de dedos finos y alargados capaces de amasar cientos de kilos de harina para hacer pan o de bordar el más fino de los visillos con el que cubrir una ventana. Habla despacio, describiendo rincones donde compartió juegos y rencillas infantiles, sonriente, siempre sonríe cuando habla de sus hermanos, ella fue la séptima de los nueve que sobrevivieron y con los que compartió enriqueciendo su existencia.

María siempre tuvo alas e inquietud por descubrir y no dudó en alzar el vuelo siendo muy joven, como tantos de su generación. Barcelona fue su primer destino, pronto aprendió la lengua y las costumbres, se enamoró del Mediterráneo, de la Ciudad Condal, de su gente y del que fue el padre de su primer hijo. Congeniaron pronto, a ambos les unía la necesidad y el convencimiento de luchar por un estado

libre, sin opresores, derrocar la dictadura y conseguir un país en el que la democracia y la libertad de expresión fuesen el destino final de su compromiso con sus propios principios. Compromiso que llevó y llevaron hasta el límite, sin importarles las consecuencias.

María me cuenta cómo llegaron a Francia con la doble intención de trabajar y apoyar a los compañeros que dejaron atrás. También allí aprendió la lengua, las costumbres y quedó encandilada de todo el entramado social y cultural del país Galo. Allí dio a luz a su hijo y con su hijo de pecho cruzó varias veces la frontera portando, clandestinamente y bajo el asiento de una furgoneta, panfletos y propaganda del Partido Comunista. No hay miedo en sus palabras, aún hoy lo vive con determinación y no dudo que estaría dispuesta a repetirlo.

Ella tiene claro que todo son etapas, que empiezan y se acaban. Regresaron a Barcelona y el infortunio les hizo amarga visita, su compañero si fue motivo de columna en la prensa, cayó de un andamio en la construcción del edificio de una importante fábrica. Desde entonces y de eso hace ya 45 años, María ha tenido más hijos, con el que ahora es su esposo, compañero y amigo. Ambos continuaron y prosiguen comprometidos políticamente, con una sociedad a la que aún creen que le quedan logros por conquistar. María no decae sino que aprende, se apasiona con todo lo que le haga sentir partícipe en la conquista de lo que ella asegura no ha de ser jamás una utopía.

María, en su condición de mujer libre para decidir, dueña de su cuerpo y su pensamiento me cogió en sus brazos, me miró y me sonrió el día que yo nací. Quién me dice que no fue ese mismo día y en ese mismo instante en el que yo me pregunté “....¿por qué no...?”